

No hay ni una sola idea que justifique ningún acto violento



ENTREVISTADO POR: **PACO LÓPEZ**, psicólogo y coordinador del Servicio de Asesoramiento Psicopedagógico de Salesians de Sarriá (Barcelona).

Jaume Funes es un nombre imprescindible si hablamos de adolescentes en situación de dificultad social. Psicólogo, periodista, profesor universitario... pero, sobre todo, una persona comprometida en la búsqueda de los caminos para entender a los menores y defender sus derechos. Su trayectoria justifica sobradamente la responsabilidad que el Parlamento de Cataluña le ha confiado como Adjunto del Síndic de Greuges para la defensa de los derechos de la infancia (algo así, aunque no es exacto, como el "defensor del menor de Cataluña"). En el desarrollo de su tarea, su equipo actúa a demanda de los menores (pocas veces, porque —según él mismo señala— aún son una institución demasiado formal para ello) o de los padres o profesionales que trabajan con ellos. También actúan analizando los contextos en los que se desenvuelven los menores y en los que surgen dificultades. Su papel es hacer recomendaciones a las instituciones, sugerir cambios en las leyes... "estamos en ese campo de incordio a las estructuras para que se acuerden de que existen chicos y chicas que no tienen por qué tener la lógica de los adultos".

Tú que vives de cerca la violencia que sufren los menores, ¿los ves más cómo víc-

timas que como verdugos, incluso cuando hablamos de la violencia que ellos ejercen?

Hablamos siempre de violencias en plural, nunca nos referimos a una sola categoría y todas ellas son conductas con sentidos muy diferentes. Las situaciones de violencia que afectan a niños, adolescentes o jóvenes son en los dos signos. De hecho, las principales víctimas de violencia siguen siendo los menores. Incluso, la violencia llamada juvenil va dirigida, en general, contra otros menores y muy pocas veces contra los adultos, aunque estos son los primeros que se asustan y los que crean opinión pública. Sea quien sea la víctima, la conducta es igual de inapropiada, pero la resonancia que esta cuestión tiene en los medios de comunicación no es exacta.

Los menores son víctimas de las violencias de los menores o de los adultos, que, en general, son los que producen más violencia. Las violencias son estructurales, son de la guerra, de la sociedad injusta, de la exclusión, de dejar al lado a los propios menores.

Centrándonos en las violencias juveniles, las que generan ellos, muchos adolescentes son a la vez víctimas y a la vez agresores, especialmente en el entorno escolar, donde suelen cambiar con facilidad de un papel al otro. Lo mismo puede suceder, incluso, en el entorno de diversión. En esas violencias, el mensaje fundamental es: no convirtamos en un problema único lo que son dificultades complejas y diferentes.

Busquemos, pues, el enfoque y las palabras adecuadas, ¿caemos en alguna trampa, si hablamos de violencia juvenil?

Hay que hablar de violencias y diferenciar, si se le pone la etiqueta juvenil, las que están asociadas a la condición juvenil de las que están asociadas a otras condiciones. Para abordar una conducta violenta que se produce en un entorno de "marcha", habrá que tener en cuenta el estilo de vida juvenil asociado a esa violencia. Sin embargo, un adolescente marginal, en un entorno violento donde sólo ha visto criminalidad y dificultades... aunque sea joven, su violencia no es algo que podamos etiquetar como juvenil. Para abordar este caso, la condición joven no aporta más que, quizás, el aspecto de desesperación o de ausencia de futuro, pero no es una violencia asociada a la condición juvenil. Que tengan una edad no quiere decir que su conducta esté asociada a esa condición. Hay diversas condiciones juveniles y conductas que tienen que ver con ellas, pero no lo simplifiquemos.

Jóvenes que graban palizas con los móviles, acoso escolar, padres que piden que los protejan de sus hijos... ¿está justificada esta

preocupación que parece desprenderse de las noticias?

Debería estar justificada la preocupación razonable, entendiendo que la violencia no necesariamente ha aumentado. El discurso sobre el aumento lo he vivido desde el primer día que me dediqué a esto, en el año 1973. Objetivamente no hay ninguna variable que diga que la violencia haya aumentado. Sí es objetivo que pueden haber variado el tipo de violencias, y que hayan aumentado unas y disminuido otras. Pueden haber aumentado determinados vandalismos contra el espacio público o determinados conflictos entre grupos en la esfera pública en tiempo de diversión. En los años 70 también había conflictos a la salida de las discotecas, sólo que a las 10 de la noche y no a las 4 de la madrugada. La tipología puede haber cambiado y estamos obligados a estudiar los contextos en los que se produce, cambiantes porque la sociedad cambia.

Otra cosa que puede haber cambiado —y enfatiza de nuevo el "puede"— son los colectivos implicados. No son "adolescentes de familias desestructuradas y de barrios con problemas sociales". Son hijos de clase media, con acceso a la cultura, con recursos económicos e, incluso, bien escolarizados. Aunque, quizás (para matizar las estadísticas), pudiera ser que, hace 20 años, estos chicos no fueran detenidos o presentados al juez. Pero podemos aceptar que existe una preocupación sobre las conductas juveniles no asociadas al llamado "problema social" derivado de la insuficiencia económica o de la marginalidad. Hoy hay conflictos violentos en chavales "bien", de los cuales, aparentemente, deberíamos esperar que se comportaran bien, puesto que no les va nada mal en la vida. Esto plantea nuevos retos sobre

cómo se está produciendo la educación de esos adolescentes.

Y, luego, podemos discutir sobre las variaciones del formato de esas violencias; por ejemplo, el tema móviles o las grabaciones de palizas. Esos formatos tienen más que ver con cómo se es persona en un mundo de comunicación. Si tú, para existir, tienes que salir en la televisión, si en nuestro mundo sólo existe aquello que vemos, es normal que una conducta que un adolescente quiera ver representada, la grabe, porque sin imagen no existe, como, en su día, el Vaquilla necesitaba salir en el periódico o ser protagonista de una película.

Hoy en día la imagen es un componente que, incluso, probablemente, se ha incorporado en la construcción de la identidad. Igual que para muchos de esos chavales actuar violentamente era un acto de afirmación, ver sus imágenes grabadas también lo es. El reto de fondo es entender qué valoran y por qué. Grabado o no grabado, es menospreciar a una persona, es considerarla un sujeto indigno, es considerar que tú le puedes romper la cara para afirmarte. Lo graben o no, estos hechos nos introducen en el mundo de cuáles son sus valores, o nos hacen preguntarnos hasta qué punto algunas violencias pasan a ser elementos de diversión, de relación o de afirmación.

¿Existe eso que llamamos violencia gratuita?

Yo creo que nunca existe violencia gratuita. Es una expresión que yo no utilizo porque la violencia siempre es funcional, siempre sirve para algo. A veces es gratuita para el observador, pero no para quien la está construyendo. Para mí puede ser gratuito que, a las tres de la mañana, un chaval quemé



un contenedor de basura, cuando no le va ni le viene; pero es que no lo estoy mirando bien: ¿qué hace ese chaval a la tres de la mañana aburrido o demostrando ante sus compañeros de lo que es capaz? Es gratuita en el sentido de que no parece tener una lógica de acuerdo con mi apreciación de valor, pero, ante una conducta violenta, cualquiera que trabaje con ellos tiene que buscar al servicio de qué esta esa conducta.

Después, hay violencias —la mayoría— muy circunstanciales, que sólo se explican en el contexto en el que se producen. Si tengo un grupo en el aula y necesito demostrar que soy el líder, puedo acabar agrediendo a otro chaval. Fuera de ese espacio, esa conducta no

tendría sentido. La respuesta no es qué violento es ese líder, sino qué dinámica tiene esa clase para que haya una víctima y alguien que tenga que demostrar a los otros que él es superior. Y que lo haga un chaval latino no lo convierte en una banda de *Latins Kings*.

Hablando de la llamada violencia “ideológica o política” de los jóvenes, en la prensa recogieron estas palabras tuyas: “A los adolescentes y jóvenes que asaltan nuestra tranquilidad, hemos de poderles decir que no hay una sola idea que justifique una muerte, una destrucción; ni una sola idea. Pero, para ello, tenemos que aceptar que pue-

den defender sus ideas con formas incómodas, bruscas, molestas para nuestra paz cotidiana y no sólo con debates parlamentarios o elecciones periódicas”. ¿Hay un tipo de violencia que puede llegar a ser legítima? ¿Dónde está el límite?

Esta afirmación está hecha, probablemente, en el contexto de una conferencia, hace tiempo, en Euskadi.

Para mí, hoy, hay una cosa muy clara, que no admite excusa: no hay ni una sola idea que justifique un acto violento. Eso lo debemos tener muy claro delante de los chavales, porque, como empecemos a hacer equilibrios, la discusión sobre quién es un buen o mal enemigo no nos lleva a ningún lado (aquí sólo cabría la salvedad, y depende de la ideología de cada uno, del sujeto al que están destruyendo, pero no son los casos de los que hablamos).

Los adolescentes nos van a hacer preguntas impertinentes en el momento en que se den cuenta de que nosotros sí estamos usando la violencia para defender ideas políticas, religiosas o de organización social. Si nosotros empezamos a introducir excepciones, será complicado justificarlo. Por otra parte, nosotros, como adultos, debemos aceptar que esta no es la mejor de las sociedades posibles, cuando buena parte de lo que hacemos es hipócrita e incoherente, y, por tanto, ellos han de tener mecanismos de contestación que sean incómodos para nuestra propia sociedad, mientras no se traspase la línea de la violencia destructora.

Esta es una sociedad injusta y como tal ha de poderse explicar a los adolescentes. Es un equilibrio complicado de mantener, pues, para los adultos, cualquier cosa incómoda ya es una violencia. Hemos de aceptar que no es

lo previsto, que es incómodo, pero, mientras no vulneren los derechos de nadie, es la convivencia con la que te está recordando que nuestra sociedad no es una sociedad pacífica y no es igual para todo el mundo.

Danos algunas pistas. ¿Qué hay que hacer? ¿Hay alternativas frente al eterno dilema entre protección y mano dura?

Es la típica dicotomía que nos planteamos ante un problema educativo que no tiene fácil solución. Obviamente, no hay recetas. Si hemos dicho que cada conducta tiene su sentido en un contexto, lo primero que hace cualquier educador, en el aula, en la calle, en el tiempo libre... es encontrar la lógica de esa conducta dentro de ese contexto (más allá de los casos psicopatológicos). Para la mayoría de las conductas, el contexto da las pistas de lo que podemos hacer. Ante, por ejemplo, un adolescente que se muestra agresivo porque está permanentemente frustrado y no tiene a nadie que le preste atención... si estoy en la escuela, estaremos hablando de tutorías; si estoy en la calle, estaremos hablando del seguimiento, del acuerdo y de los pactos; si estoy en un espacio de tiempo libre, estaremos viendo qué le puedo ofrecer o qué le interesa. Veremos cómo ganarnos su confianza y estaremos utilizando las herramientas de cualquier profesional en ese campo concreto.

Más allá de esto, yo creo que los poderes tienen la obligación de hacer una lectura sensata de los fenómenos, compleja, y explicarla de manera clara y no venderse a la solución fácil de la etiqueta y remedio.

Sin embargo, parece predominar últimamente la lógica de que

... “el educador, para tener autoridad, lo que necesita es tener ascendencia, descubrir cómo puede influir en un adolescente que, por otra parte, ha de aprender a ser autónomo, a tomar decisiones.

Límites ha de haber, pero no se educa con los límites; se educa también con los límites, pero no son los límites el único elemento”.

esto se arreglaría fácilmente imponiendo más autoridad, mano dura...

Es una lógica falsa, lleva a una trampa, porque la autoridad con adolescentes nunca será poder. Tú has de tener, en parte, la autoridad que te da el dejar claro, a los adolescentes, los límites que la institución te permite (este es el poder institucional); pero el educador, para tener autoridad, lo que necesita es tener ascendencia, descubrir cómo puede influir en un adolescente que, por otra parte, ha de aprender a ser autónomo, a tomar decisiones. Límites ha de haber, pero no se educa con los límites; se educa también con los límites, pero no son los límites el único elemento.

Muchas de esas violencias de las que hablamos necesitan comprobar los efectos de su conducta, necesitan descubrir que alguien padece por su comportamiento. El peligro es que se queden en violencia aparentemente sin sentido y sin víctima, porque nadie se lo ha ayudado a ver. Es preciso que descubran que su conducta afecta y que son ellos o ellas los autores, los que han generado esa

violencia. Han de asumir la autoría de su conducta. Eso requiere adultos cercanos que les ayuden a descubrirlo.

La obsesión por la penalización es una obsesión absurda, porque, en general, no responsabiliza ni da una respuesta rápida a ese tipo de fenómenos.

Los políticos están en su derecho parlamentario de reformar la ley penal juvenil. Desde esta institución les hemos dicho repetidamente que no llamen Derecho de Menores a lo que puede acabar no siendo derecho de menores. Las leyes de responsabilidad penal de los menores tienen unas lógicas, entre las cuales está, fundamentalmente, la búsqueda de una respuesta responsabilizadora que ayude a la víctima y que responsabilice a los adolescentes; no estamos buscando cómo los castigamos más. Cuando se invierte la lógica, se cae un código adulto, más o menos flexiblemente adaptado al mundo adolescente, pero no estamos haciendo una verdadera Ley del Menor.

La respuesta al caso dramático, al chico desquiciado, es una respuesta puntual, complicada y difícil, pero no tiene que ver con la inmensa mayoría de las conductas violentas, que no necesitan ese tipo de respuestas.

Para acabar, Jaume, ¿alguna recomendación especial para los educadores y educadoras?

Que observen la vida de los chicos y chicas con los que trabajan, toda, no sólo algunos aspectos. Por tanto, que las respuestas que reciban cada uno de esos chavales no sean sólo por ser violento. Es su vida en conjunto lo que nos importa.